

EL POEMA DEL CIRCO



EL POEMA DEL CIRCO

Invocación.

Espíritu de Barbey D'Aurevilly, de Villiers de l'Isle Adam, de Poe, de Banville, de cuantos decadentes, satánicos y parnasianos, *clowns*, acróbatas y dislocados de entendimiento, admirásteis el genio corporal de *clowns*, acróbatas y *écuyères*, inspirad el poema del circo. Pirueteen, caigan en saltos mortales las estrofas, jueguen y brillen como esferillas metálicas, cuchillos y antorchas de malabarista, dislóquense en neologismos incongruentes, hagan trampolín del Diccionario, sean colorines, lentejuelas, campanilleen

el iris todo, y si de los sentidos pasan al alma, suenan en ella á risas infantiles, porque el circo es la infancia del arte, y en el circo reviven nuestros días infantiles.

La música.

De lo alto van cayendo, sin expresión en el ritmo, sin calor de alma artística, como de un instrumento impersonal, de una orquesta mecánica, vales llorosos que mecen el alma de los ojos al corazón, del corazón á los ojos. Música evocadora, música vívida... Recuerdo de amores arrullados por ella, de bailes, de aventuras de otros años, de otros lugares... El vals aprendido en amorosa intimidad, el vals oído en café-concierto parisién, único recuerdo espiritual de un amor de viajero, de esos que solo dejan un recuerdo dorado: una cabellera de oro, vinos de oro, monedas de oro... Música evocadora, música vívida que mece

el alma del corazón á los ojos, de los ojos al corazón.

El salto mortal.

Por una gran ventana del circo aparece la luna llena, blanca, redonda como un aro de papel de seda, de los que rompen con gracioso salto sonrientes *écuyères*. ¡Quién pudiera, haciendo trampolín de altísima montaña, rasgar la luna y penetrar de un salto mortal en el secreto de lo infinito! Así decía un artista que ha dado un salto mortal en su cultura literaria desde el catón á D'Annunzio sin tropezar en Cervantes.

Caballos, perros... y niños.

Son las víctimas del circo.

¡Animalitos!

¡Pobres niños!

Así exclaman espíritus sensibles.

De los animalitos nada sabemos. Pero los

niños bachilleres á los doce años, ¿no son más dignos de compasión que los niños del circo? Padres que por nada del mundo dislocarían los brazos de sus hijos, les dislocan sin reparo el cerebro, y luego exclaman en el circo: ¡Pobres niños!

Visión de lo antiguo.

Suma de la hermosura, de la gloria y del poder humanos; Elagabal, el hijo del sol y como el sol resplandeciente sobre el mundo; vestido de cielo, astros de oro y pedrería bordados en túnica y manto; desde el palco imperial, entre beldades, efebos y colosos, acariciado y defendido, envuelto en humareda azulada de perfumes, sonrío entre sorbo y sorbo de chipre helado, á verdes y azules, rojos y dorados, guiadores de las cuádrigas; como entre nubes, aéreos, brilladores, entra la polvareda de la arena teñida de oro

y minio, renovando las carreras de los héroes homéricos en los funerales de Patroclo.

Intermedio cómico.

¡Clowns! ¡Voilà!... Y lo cómico eterno en la mayor y primitiva sencillez aparece. ¡Bofetadas, golpes, engaños... un pillo y un simple, un burlador y un burlado!... Toda la epopeya de la risa humana, desde Aristófanes hasta *Courteline*. El hombre civilizado ríe de las desdichas ajenas; ríe, y al reír enseña los dientes por atavismo; devora en espíritu á sus semejantes, como el antropófago los devora materialmente.

Final.

Y aquí termina el poema del circo. Ni tan bueno que cierre las puertas de la Academia, ni tan malo que pueda ser premiado en unos juegos florales.

Ni el autor ni el poema aspiran á dejar de sí otra memoria que la de cualquier clown, acróbata ó funámbulo, fugaz pero risueño ; no la gloria de algún inmortal estadista de quien los funéres sean sangrientos como los de Alejandro.

¡Ya murió el caballito de palo...
y ya le olvidaron así que murió!

Así canta la dulce Ofelia... Y los pobres artistas del circo, juguetes de un día, el frágil mecanismo del cuerpo, alma de toda su arte, no pueden soñar mejor epitafio...

¡Ya murió el caballito de palo...
y ya le olvidaron así que murió!



LEYES SUNTUARIAS



LEYES SUNTUARIAS

El Cardenal Gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas para derogar las últimas inexorables ordenanzas poniendo coto al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco podían esperar favor, porque solo se preocupaba, anciano también y achacoso, de ganarse á punto de autoridad unas páginas en el año cristiano. Del resto de los Cardenales que componían el Sacro Colegio podían contar con muy pocos; los más jóvenes y de aristocrático linaje se inhibían remilgadamente de entender en asuntos femeniles. Las libreas

de sus pajes, lindos Ganimedes, eran costosas y de refinado gusto; pero respecto á las damas ¿qué entendían ellas? En los salones de Roma todo era conspiraciones femeniles. La vida se hacía insoportable para las damas en la Corte pontificia. Los maridos mismos, aunque no se veían obligados á pagar trajes ni joyas, protestaban al fin; porque las esposas, aburridas por la impuesta sencillez de su atavío, buscaban distracciones menos honestas, y la que no podía ostentar dos trajes en un día, ostentaba tres amantes, único lujo que no podían atajar las ordenanzas reverendísimas del Cardenal Gobernador.

La Condesa Cesarina de Rinaldi fué amenazada de destierro por dirigir una conspiración, decidida nada menos que á secuestrar á los Cardenales más recalcitrantes, y para conseguirlo tenían ya comprados (¡pobre Condesa, que fatigada apareció por aquellos días!) á todos los oficiales de la guardia pontificia.

Pero el Cardenal Gobernador era hombre duro (así decían las damas romanas que á su edad toda la dureza se le había fijado en el corazón), y no cejaba en la persecución del lujo.

Hasta de las ropas interiores se informaba, y una policía especial examinaba diariamente la ropa que las lavanderas lavaban en el Tiber, con orden de apoderarse y de destruir toda prenda de tela demasiado fina, de escote demasiado abierto ó guarnición de encajes ó bordados.

En un día despojaron á las lavanderas los encargados de tan minuciosa pesquisa de unas doscientas camisas que hallaron en escandalosa contravención.

La Condesa Rinaldi estuvo á punto de proclamar una nueva República romana aquel día como nueva Rienci. Semejante situación no podía continuar. Había que atreverse á todo y dar una batalla decisiva con las escasas fuerzas que podían aprovechar.

El Cardenal Borghese, hombre de unos cincuenta años, pero con energías para votar en cinco Cónclaves, porque nadie le había conocido más que una sola sobrina, era de los pocos partidarios de las damas y el único que se atrevía á combatir al Gobernador. La Condesa se decidió á tener una entrevista particular con él. El Cardenal la recibió muy complacido; era hombre modesto y no aspiraba á tener un día señalado en el Calendario. La Condesa le mostró con la más viva elocuencia la ridícula tiranía de que eran víctimas. ¡Llegar al punto de quitarles la ropa blanca! Había dama que no había podido mudarse de camisa en toda la semana... ¿Era posible? El Cardenal no pudo creerlo.

—¡Oh, sí, cierto, cierto, Eminencia!—repetía la Condesa, apoyando su afirmación con calurosos argumentos.

Al día siguiente por todos los salones de Roma corrió la noticia de que, si bien el Cardenal Gobernador, por no contradecirse de

modo tan violento, no derogaba las últimas ordenanzas, había dictado órdenes particulares para que se hiciera la vista gorda en cuanto al lujo de las damas se refería... Todas felicitaban á la Condesa Rinaldi, y las más íntimas amigas suyas pasaban á su tocador y reían á carcajadas al ver allí una camisa de cáñamo, sucia, sucia como de un carbonero, pero que todas consideraban como prenda de redención.

¡Pobre Condesa, siempre dispuesta á sacrificarse por el bien general!

